

ASTRONOMIA.



LA TIERRA VISTA DESDE LA LUNA.

Sabido es que la duración de las noches en la luna es de cerca de catorce días, catorce días de noche y catorce de luz; ó para hablar con mas exactitud y no aplicar á la luna una unidad de tiempo que tan mal le cuadra, trescientas treinta y seis horas de luz. Bien largas son en verdad semejantes noches, tanto mas cuanto que por un efecto de la falta de atmósfera el calor solar varía en la luna en la misma proporción que la luz. De día es tan ardiente allí como el de la hora de mediodía en nuestro ecuador y mas todavía quizá; y de noche desaparece de él, y viene á ser el frío mas intenso que en nuestro polo. Régimen es este que nos debe de parecer muy duro, y al cual probablemente ni los hombres, ni los animales que pueblan la tierra podrían habituarse.

En la superficie de la luna se desconocen la aurora y el crepúsculo, esas suaves transiciones, una de las cuales nos anuncia el sol antes de rayar en el horizonte, al

Segunda serie.— Tomo I.

paso que la otra nos le recuerda todavía cuando ha desaparecido ya del cielo. Tampoco divisa la luz hasta el instante mismo en que sale el sol, y apenas se pone ya no se disfruta mas de ella. ¿Quién de nosotros no ha visto en los terrenos montañosos doradas todavía las cimas mas altas con los postreros rayos del sol, cuando ya se ha puesto para los ojos de los habitantes de la llanura? Y sin embargo mientras que sus rayos coloran la montaña todavía se derraman por la llanura los vislumbres del crepúsculo, y si no se vé ya el astro mismo vése por lo menos la brillante comitiva de nubes luminosas que le acompañan en su despedida. En la luna, empero, nunca se goza de este magnífico espectáculo. Si la cumbre de la montaña, segun vemos desde acá con nuestros anteojos, resplandece con la lumbre del día, la falda está unida aun en la noche; tan brusca y duramente está marcado el tránsito. Asi es que un hombre que mirase

1.º de diciembre de 1839.

salir el sol de pié en las llanuras de la luna tendria las manos en la region del dia y los pies en la de la noche. Fenómeno enteramente igual es el que todas las noches observamos cuando traen una bagia encendida á un aposento á oscuras, que los puntos de donde puede verse la luz están alumbrados, y los que tienen eclipsada la antorcha, en la sombra.

Tampoco se difunde el dia tan presto por la superficie de la luna como por la tierra, pues cuando vemos salir el sol en nuestras latitudes sabemos que un cuarto de hora despues los países situados á cincuenta leguas hácia el Oeste, le verán asomar á su vez; mientras que en las latitudes correspondientes de la luna el espacio que recorre la luz en el mismo intervalo es apenas de un cuarto de legua. De modo que si hay en la luna seres vivientes y los tales como es verosímil tienen que sufrir algun inconveniente á causa del frio de la noche, nada les es mas fácil que evitarle, marchando constantemente de oriente á occidente. Bastaría para no verse jamás en los dominios de la noche caminar bajo las latitudes medias con la diligencia de una hora por legua, sin perjuicio de nivelarse acelerando momentáneamente su carrera, siempre que les acomodase detenerse en algun lugar. Por esta razon nos parece poco fundada la objecion radical que se hace contra la existencia de los seres organizados en este planeta, deducida de la gran diferencia que hay en él entre el dia y la noche.

De la claridad de la tierra con respecto á la luna.

Como quiera, la noche no es igual para todos los puntos de la luna, pues de ellos los hay donde es mucho mas dura que en los otros. Bajo este aspecto divídese el planeta en dos hemisferios muy desproporcionados en su reparticion. En el uno es siempre negra la noche, y los apagados rayos de esas remotísimas estrellas que centellean en nuestro cielo son los únicos vislumbres que lo iluminan. En el otro al contrario siempre está alumbrada la noche por una hermosísima luna, que bien distinta de la que vemos nosotros alzarse en el oriente, dar la vuelta al cielo y en seguida ponerse en el ocaso, permanece al parecer inmóvil y á la misma altura del cielo. Las estrellas aparecen una á una, pasan lentamente á su lado ó por detras, y se hunden en el horizonte, y ella sola en tanto permanece inmóvil y sosegada en medio de este movimiento universal del firmamento. Bien pudiera decirse que es una lámpara colgada de sólidas argollas en la bóveda del cielo; y por cierto que si la miráramos nos habia de parecer colosal, pues es su superficie trece veces mayor que la de nuestra luna y resplandeciente en todos sus puntos. A la manera de la nuestra está sujeta esta luna á fases que se repiten periódicamente y con los mismos intervalos. En cuanto la vemos en su plenilunio, comienza á disminuirse por el lado del occidente; aumentase el menguante, y se adelanta hácia el centro; muy en breve el astro parece una media luna, y aun esta media luna merma á cada hora hasta que al fin cuando está reducida á un simple filete y la noche va á ser completa, aparece el sol por donde quiera en el horizonte, y reemplaza á la luna con torrentes de luz que inundan los campos.

El tiempo que media entre un plenilunio y un novilunio es lo mismo que entre nosotros de catorce dias de los nuestros. Los habitantes de los puntos que vemos de aca bajo en mitad de la luna, ven nacer el sol cuando su luna está en su último cuarto, llegar á mediodia cuando ya es nueva, y ponerse en fin cuando aquella toca ya en su primer cuarto. Todo esto está perfectamente arreglado para ellos porque su luna llena señala exactamen-

te la media noche, y cuando su disco se disminuye se conoce que se acerca el dia. Los habitantes de las regiones que vemos á orillas de la luna no estan tan favorecidos porque la suya es para ellos un simple filete, por una parte cuando entran en la noche y por otra cuando salen de ella; y del mismo modo la ven en plenilunio por un lado cuando rayan en el fin de su noche y por otro cuando están al principio. Ademas de esto permanece constantemente á su vista tocando en el horizonte, como si saliera respecto de los unos y se pusiera respecto de los otros.

Fácil es de concebir que si en la luna hay habitantes dotados de razon, su luna debe de ser para ellos un objeto poderoso de interés y curiosidad. Si están organizados de tal suerte que puedan soportar las variaciones del dia y de la noche, las diversas condiciones de la luna deben causar diferencias muy considerables entre sus diversos países. Acá bajo apenas conocemos en nuestros climas mas diferencias que las relativas al sol; pero en el otro planeta tambien se deben distinguir las diferencias relativas á la luna. Se ha dicho con frecuencia que los habitantes del hemisferio que mira á las estrellas, y en el cual jamás se ve la luna, acostumbran sin duda á ir en peregrinacion al otro hemisferio para contemplar allí aquel astro magnifico de que tantas maravillas se deben contar entre ellos. El viage que tengan que hacer con semejante objeto, es mucho menor que el que emprenden la mayor parte de los musulmanes devotos para visitar la Santa Kaaba de la Meca; porque cuando mas, vendrá á ser de quinientas leguas.

Como quiera, todos nosotros conocemos esta magnífica lumbrera de los habitantes de la luna; y á buen seguro que nadie me desmienta cuando digo que, si bien bajo otro aspecto, la conocemos mejor que los mismos habitantes de la luna. Todos saben en efecto que la luna y la tierra han sido colocadas por el Criador en las relaciones convenientes de reciprocidad para que una á otra se sirvan de luna, es decir, de *reberberos de la luz solar*. Si la luna de que gozamos es trece veces menor que la que á ella le proporcionamos, por otra parte el servicio de la nuestra es mucho mas cómodo, y en lugar de formar el privilegio de un solo hemisferio, contribuye por igual y sin hacer sino muy contadas excepciones al alumbrado de todas las partes de nuestro planeta.

Pero sea lo que se quiera de esta cuestion de superioridad, lo cierto es que somos luna, y que si los habitantes de nuestra luna son como nosotros aficionados á saber lo que pasa por fuera, sin duda con tal motivo se hacen esta misma pregunta que tantas veces hemos hecho ú oido hacer á propósito de ellos. «*Hay habitantes en la luna?*» ¿Son mas sábios que nosotros, están dotados de mejor vista, manejan mejores instrumentos y se hallan en mejor situacion que nosotros, para satisfacer su curiosidad en este punto?» ¿Quién se atreverá á decir nada, pues que ni siquiera sabemos si existen? Pero sin ir tan allá podemos preguntarnos (y quizá no sea una pregunta indigna de un momento de atencion) lo que llegaríamos á conocer acerca de la tierra si siendo lo que somos, nos encontráramos en su lugar.

Transportémonos pues en idea, (pues que esto por lo menos no nos está vedado) á la superficie de este planeta. Elijamos en una hermosa noche la hora en que esté en su plenitud la luna de nueva especie que á contemplar vamos; un país donde aparezca bien desprendida y en mitad de los cielos, y entremos en observacion. Esta luna algo menos deslumbrante que la nuestra, pero de un esplendor vivo sin embargo y de una luz pura, entre azulada y blanca; se presenta á primera vista bajo el as-

pecto de un disco circular igualmente brillante en todos sus puntos. No obstante si se le observa con mas atencion, valiéndose de algun instrumento á propósito, poco se tarda en advertir que el disco en vez de ser de todo punto redondo está ligeramente aplastado por los lados poco mas ó menos en el mismo sentido que el horizonte. (Véase la lámina.) Al rededor de la línea que enlaza las dos cimas chatas del astro, se mueve constantemente sobre sí mismo como una rueda de ege inmovil. Es un reló maravilloso: en seis horas se ven llegar á la línea del medio los puntos que estaban á la orilla del disco, y en otras seis horas ir á perderse en la otra punta. Para saber leer este cuadrante basta aprender la hora en que aparecen alternativamente las diversas manchas, y en viendo cual es la que está á punto de levantarse, por esta sola indicacion se viene en conocimiento de la hora que es. Es preciso advertir sin embargo que volviendo las mismas manchas al mismo punto al cabo de veinte y cuatro horas y siendo de trescientas treinta y seis la duracion de la noche, es preciso tener tambien en cuenta las veces que el astro ha dado ya la vuelta desde el principio de aquella. Tambien se puede deducir esto observando la figura del disco, que en el intervalo de cerca de catorce revoluciones pasa del estado de luna nueva al de plenilunio.

Pero si algo merece cautivar ahora nuestra atencion, no es tanto su movimiento como sus manchas. Despues de haberlas examinado con el detenimiento y atencion debidas, deberémos echar de ver que entre ellas las hay de naturalezas esencialmente diferentes: las unas son constantes; las otras varian; pero al cabo de un año vuelven á tomar la misma figura: las últimas en fin, aunque afectando una cierta uniformidad en su direccion general, cambian sin cesar de aspecto.

(Se concluirá.)

MADRID ARTÍSTICO.

EL CLAUSTRO DE SAN FELIPE EL REAL.

Cuando la mania de hacer desaparecer los monumentos religiosos de nuestras artes estuvo en moda, se trató seriamente de sustituir el espacioso convento de Agustinos llamado de San Felipe el Real, por un edificio que podría ser magnífico, y en el cual pudiera establecerse una lonja de comercio, un teatro, una universidad, un mercado, ó un palacio, contentándose por el pronto con reducirlo á una esplanada ó boqueron, insalubre y repugnante á la vista, por el estilo de las que aun despues de tres años observamos en los que fueron conventos de la Merced, los Angeles, Magdalena, Pinto, Baronesas, etc.

La cosa estuvo á la que parece muy adelantada por entonces, sin tener en cuenta que lo que la razon natural y la conveniencia pública aconsejaban era aprovechar mas bien lo existente, modificándolo y revistiéndolo de formas adecuadas al nuevo objeto que habia de desempeñar, cosa mas fácil y hacendera que no empezar por reducir á escombros lo que tantas sumas y cuidados costara, y que por la mayor parte conservaba recuerdos gloriosos para la religion y para las artes.

El edificio de que vamos á hablar, por su situacion central y su gran estension fue, pues, por entonces de los mas amenazados por la fatal piqueta, y hubiera sucumbido á ella á no ser por la voz general de escándalo que se alzó en las academias y cuerpos científicos, y de todos los amantes de las artes, que lamentaban la próxima de-

saparicion del bello *claustro*, obra de uno de los discípulos mas aventajados de Juan de Herrera, y que aunque no puede citarse como un modelo ni triunfo del arte, es sin embargo una de las pocas obras que en nuestro Madrid dan muestra del estilo severo y elegante del famoso arquitecto del Escorial.

Afortunadamente aquel peligro pasó, y mas sossegados los espíritus, se echó de ver lo que desde un principio pudo verse, esto es; que el edificio con ligeras variaciones podría servir á contener las oficinas del Tribunal y junta de comercio, la Bolsa y otras muchas dependencias, sino con el lujo y ostentacion que las de Paris ó San Petersburgo, por lo menos con la comodidad y proporciones necesarias á nuestro Madrid. Ya se hallan, pues, establecidos en consecuencia el tribunal y junta, y creemos que mas adelante lo serán la bolsa y demas dependencias, sin que por eso haya de renunciarse á ver modificado el aspecto exterior del edificio con arreglo al buen gusto de la época. Vamos, pues, á dar á nuestros lectores una ligera idea del claustro, causa á nuestro entender principal de la conservacion de todo el edificio.

El Excmo. Sr. Llaguno en su obra de «Noticias de los arquitectos y arquitectura en España», nos dice lo siguiente: «El año de 1600 se empezó la obra del claustro de San Felipe el Real, que es uno de los mejores de Madrid, con muchas ventajas. Hizo el primer diseño Andres de Nantes, pero le corrigió y mejoró Francisco de Mora. Parece que por entonces se construyó el lienzo del lado de Oriente: el que arrima á la iglesia hizo despues Martin de Godaire en 1617: el de la porteria y la escalera Mateo de Godaire en 1638; y el de mediodia Pedro de la Peña y Gaspar de la Peña su hijo en 1653. Es de orden toscano, todo de piedra con pilares, arcos y medias columnas en lo exterior. En el primer cuerpo tiene arquitrave y friso; pero conociendo Mora que en aquel lugar no hace oficio alguno la cornisa, omitió este adorno inutil, contentándose con poner solamente una imposta. El segundo cuerpo remata en una simple cornisa, que apoya sobre el capitel de las medias columnas, cuya coronacion es defectuosa, porque sobre columnas, no se puede hacer alero de tejado, que es lo que significa la cornisa, sin que á lo menos haya arquitrave.»

Poco hay que añadir á esta critica tan juiciosa, y convenimos con el Sr. Llaguno en que tiene defectos, pero defectos que se pierden, por decirlo así, en la masa general, que se presenta á primera vista con aquel carácter severo y grandioso de que abundan las obras del célebre Herrera. Y si bien esta de que hablamos no pertenece á este eminente artista, desde luego se nota que el que la hizo aprendió en su escuela y siguió sus huellas. Nuestra opinion es, pues, que debe conservarse el claustro de San Felipe, sino como una obra perfecta de arquitectura romana, á lo menos como un adelanto hecho en nuestro suelo á principios del siglo XVII. ¡Pues qué!, mientras otras naciones civilizadas emplean sumas en buscar, en conservar y restaurar toda clase de monumentos que pongan en claro las vicisitudes que han sufrido las bellas artes en su pais durante el espacio de tantos siglos, ¿seremos nosotros los que despreciando el mayor ó menor mérito que puedan encerrar en sí, procedamos á su destruccion sin mas exámen que decir es malo? tan abundantes estamos de obras perfectas en arquitectura? y aun cuando lo estubieramos, no deberían conservarse las que existen como monumentos de historia?

Hay ademas otra razon de conveniencia que nos hace inclinar á la conservacion de este claustro, y es la siguiente: segun dejamos dicho arriba parece que con el tiempo ha de establecerse en este edificio la Bolsa de Co-

mercio; pues en este caso juzgamos que sería muy á propósito el piso alto de su claustro para poner unas pequeñas tiendas á manera de *bazar*, dejando el bajo para paseo ó punto de reunion en días lluviosos; creemos que en nada desmerecería la bolsa con unos accesorios de esta clase, y de este modo se conseguiría utilizar esta parte al mismo tiempo que se procede á su conservacion. Indicamos estas ideas á la autoridad con tanta mas fran-

queza, cuanto que ningun interes nos guia á ello, sino el amor á las bellas artes, tan descuidadas desgraciadamente en nuestro país hasta la época presente; y esperamos con confianza, que no sean desoidas estas razones, cuando tenemos en Madrid sugetos que se han hecho acreedores á la estimacion pública precisamente por el ansia que manifiestan en embellecer esta Capital, y en proteger todas las producciones del arte.



(Claustro de S. Felipe el Real.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

AGRICULTURA.

COLONIAS AGRÍCOLAS.

En todas las naciones de Europa, sin exceptuar aquellas donde mas perfeccionada está la agricultura, se encuentran terrenos muy estensos, cuyo árido suelo se halla aun sin explotar, y que por no haber quien se tome el trabajo de fertilizarlos, carecen de dueño, y son por consiguiente una propiedad comun.

No lejos de estos campos abandonados se encuentra situada á veces una poblacion de proletarios que carecen de tierras de labor y por tanto de medios con que subsistir. Y no se crea que esto solo sucede en España donde la poblacion es sobremañera reducida y escasa; la Francia tan poblada hoy día, cuenta cerca de dos millones de pobres, y sus terrenos incultos suben á mas de un séptimo de su superficie.

La esperiencia sin embargo ha hecho conocer que la mayor parte de estos campos abandonados por el hombre pueden llegar á ser productivos si se consagra el número de brazos y el capital suficiente para cultivarlos.

Hé aquí el origen de las colonias agrícolas, las cuales se pensó establecer creyendo que no sería muy difícil fijar la residencia de los pobres en estos campos, que ningun beneficio rinden, y que adelantando el dinero preciso y

sujetando á un reglamento bien entendido ó aquellos desdichados, se podría ponerlos en el caso de hacer fértil el terreno que se les entregaba.

Si este ensayo salia bien, los resultados serian favorables á un mismo tiempo á los pobres, cuya miserable condicion se cambiaba en la de labradores acomodados, y á la sociedad en general que veia aumentarse sus recursos y su bienestar, sin necesidad de imponer nuevas contribuciones ni sacrificios.

El primer país donde se pensó poner en práctica estas teorías fué la Holanda; y puede asegurarse que hasta el presente los resultados han escedido á las esperanzas. La sociedad que acometió esta benéfica empresa se formó en La-Haya el año de 1818 con aprobacion, pero no bajo la direccion del gobierno, y la Bélgica siguió tan digno ejemplo el año 1822.

Segun los estatutos de la sociedad, todo individuo que contribuye con la cantidad de tres florines, (25 rs. vn. próximamente) es miembro de la asociacion, y como tal toma parte en la direccion de los negocios y en el nombramiento de administradores. Esta sociedad compra una vasta estension de terrenos incultos con los fondos que les proporcionan los donativos voluntarios de sus individuos, y en seguida divide estos terrenos en lotes de tres luctares y medio (42.000 varas cuadradas próximamente): el comprar, desmontar y sembrar esta superficie, cuesta mil trescientos florines (10.600 rs. vn. próximamente), y en cada lote ó division de estas coloca la sociedad un pobre on su familia, que calcula ocho personas.

Como es fácil suponer, estos colonos han de hallarse en un estado de desnudez completa, las mas de las veces sin el hábito ó costumbre de trabajar, y por de contado sin los instrumentos de labranza necesarios para el cultivo. Además hay que tener en cuenta que la tierra nuevamente confiada á sus manos produce muy poco en los primeros años inmediatos al desmonte.

En vista de esto la sociedad de beneficencia que dá asilo al pobre, cuida de no abandonarlo á sus propios recursos; así que le suministra todo cuanto puede serle útil, instrumentos de labranza, ganado, vestuario, víveres; pero se lo da por vía de anticipación solamente, y está calculado que se necesitan diez y seis años para que el nuevo colono pueda acostumbrarse á los deberes que le impone el reglamento, hacer el terreno completamente productivo, y pagar por entero las anticipaciones que hizo la sociedad en su favor.

En cambio de estas ventajas que se le conceden, y que de ninguna manera son degradantes, puesto que en realidad no constituyen mas que un verdadero préstamo, está obligado el colono á sujetarse en todo á lo que disponen los administradores del establecimiento; tiene que someterse á ciertos preceptos morales, y por último entregar todos los años la mayor parte de los productos de su cosecha para ir pagando á la sociedad. Cubiertas las anticipaciones que este hizo (lo cual hemos dicho se verifica lo mas tarde á los diez y seis años), entra el colono en el goce y ejercicio de todos sus derechos, se hace un verdadero labrador, y en nada se diferencian sus relaciones con la colonia de las que tiene el arrendatario con el dueño de una propiedad. El alquiler de cada una de estas casas de labor ó cortijos está calculado en cincuenta florines (400 rs. vn. próximamente) anuales.

La renta que la sociedad percibe de esta manera, y además el producto de las donaciones de sus socios se emplean en comprar nuevos terrenos, y en fundar nuevas casas de labor ó cortijos.

Por lo que vá dicho se concebirá fácilmente que la sociedad de beneficencia de los Países Bajos no tiene otra mira en este negocio que un objeto puramente filantrópico y caritativo; y para conseguirlo mas eficazmente procura estimular el celo de sus asociados, concediendo á algunos ciertos privilegios. Para ser miembro de ella hemos visto que basta solo pagar cierta suma no muy considerable, pero las prerogativas y ventajas que se tienen son proporcionadas á la cantidad con que se contribuye.

Así es que los que dan de una vez á la sociedad mil seiscientos florines, adquieren por toda su vida el derecho de colocar en uno de los lotes á la familia pobre que se les antoja. Igual derecho se concede á los que contribuyen durante diez y seis años con la suma de veinte y tres florines por cada pobre que colocan en la colonia, á cuya cantidad se calcula que ascienden los socorros anuales de que necesita el nuevo colono durante diez y seis años para hacer productivo el terreno que se le confía, y llegar á cultivarlo sin auxilio ajeno.

No tardó la experiencia en acreditar el resultado feliz de las colonias agrícolas de Holanda. Muchos partidos y administraciones públicas se apresuraron á comprar el derecho perpetuo de enviar allí los pobres, y al fin el gobierno concibió la idea de entrar en ajuste con la sociedad para desembarazarse por este medio de lo mucho que le costaba el mantener los vagos y niños espósitos que la ley pone á su cargo.

Este contrato entre el gobierno y la sociedad fué el origen de las colonias agrícolas forzadas.

Fácil es de conocer que el plan primitivo de la socie-

dad no era aplicable á los niños puesto que no podía confiárseles el cultivo de la tierra, y mucho menos á los escapados de presidio, que iban á parar al cabo á los hospicios de resultas de sus vicios mas bien que de sus desgracias; así era natural creer que el trabajo de estas dos clases de personas no será tan productivo como el que ejecutasen hombres hechos, ó pobres libres de buena conducta. Por consiguiente exigió la sociedad que se le pagase durante diez y seis años la cantidad de cuarenta y cinco florines (unos 370 rs. vn.) por cada niño de los que se encargaba, y de treinta y cinco florines (unos 285 rs. vn.) por cada pobre de los que admitían en sus establecimientos procedentes de los hospicios.

La administración de las colonias forzadas no debía fundarse igualmente bajo las mismas bases que la de las colonias libres. Para vigilar con mas facilidad á los nuevos colonos, se los reunió en el mismo parage, se les dió un vestido particular á fin de que no pudiesen escaparse sin ser conocidos en el momento, se les hizo trabajar bajo la dirección de ciertos guardas, y se les sometió á una disciplina ó régimen muy severo; por último, en vez de entregarles un lote para que lo explotasen por su cuenta, se les consideró como peones á destajo, y se les daba en consecuencia un jornal algo crecido para animarles á trabajar: cuando su conducta en la colonia daba suficiente garantía al estado, entraban en el seno de la sociedad general.

No prosperaron menos estas colonias forzadas que las libres, y en ciertos puntos sus buenos resultados fueron aun mas rápidos y considerables. Desde luego fué mucho mas fácil obligar á trabajar á los presos que luchar contra la ignorancia del colono libre y persuadirlo á que abandonase sus hábitos de ociosidad.

El año de 1829 contenían las colonias agrícolas de Bélgica y Holanda mas de nueve mil individuos entre presos, niños espósitos y colonos libres.

En el corto espacio de diez años se desmontó y metió en cultivo una inmensa estension de terreno, lo cual sirvió para desarrollar la población del reino; y el estado encontró en esta revolucion, que así puede llamarse, garantías de orden y de tranquilidad, el tesoro público un nuevo manantial de renta, y otro aun mayor de economía, pues los niños y los pobres costaban una mitad menos en las colonias agrícolas que en los hospitales y hospicios; además, el gobierno adquiría al cabo el derecho de no pagar nada, habiendo verificado las entregas convenidas durante diez y seis años.

Nuestra intención al trazar este ligero bosquejo, ha sido dar á conocer en general las bases sobre que se fundan las colonias agrícolas; si hubieramos de entrar en todos los pormenores de tan bella institución sería preciso escribir un volumen entero. Con este motivo recomendamos al celo patriótico y laudable de nuestra sociedad económica, y de su digno presidente el Excmo. Señor marqués viudo de Ponteja, saque del polvo de los archivos una excelente memoria ó instruccion que presentaron á dicha sociedad dos ilustrados patricios (1), cuyos nombres figuran ya con gloria en los anales de nuestra abatida agricultura. Esta memoria contiene cuantos datos pueden desearse, y además los dibujos y modelos de todo lo necesario para la pronta y fácil ejecución del proyecto.

F. MERAS.

París, octubre de 1859.

(1) Los SS. D. José Joaquín del Alamo y D. Félix Valdés de los Ríos, propietarios directores del establecimiento agrícola de Aldoba. Véase el Semanario correspondiente al 18 de agosto del presente año.

POESIA.

A UN ARROYO.

Arroyo ¿por qué apresuras
tu cristalina corriente?
¿acaso tus ondas puras
tienen afán de morir?

No así tu escondida fuente
con paso veloz evites,
cuanto mas te precipites
menos tienes que vivir.

Nacido entre rudas peñas
de verde musgo vestidas,
cercado de hayas tupidas
que dan sombra á tu raudal;

Mejor te fuera que nunca
de tu cuna te alejaras,
mas tender tus ondas claras
en un lago de cristal.

Siempre allí disfrutarías
vientos puros y suaves,
regalárante las aves
con sus cánticos de amor;

Surcarán nevados cisnes
tu terso y líquido llano,
ni temieras del verano
el aliento abrasador.

Mudos peces habitarán
en tu seno transparente;
jamás el soplo inclemente
de sonora tempestad

Alterará de tus aguas
el reposo regalado,
y ni el hombre fuera osado
á turbar tu soledad.

Nadie visitará apenas
tu imperio quieto y sombrío,
y solo en el seco estío
en las horas del calor

Ofrecerías oculto
en tus ondas silenciosas
fresco baño á las hermosas
y misterios al amor.

Mas ay! que sordo á mi incesante ruego
abandonas el sitio en que has nacido,
dejas el bosque umbroso y recogido,
y vas al campo á padecer el fuego
del cancer escondido.

El secará tus rápidos raudales,
y exhalando su aliento polvoroso
despojará tu margen del hojoso
cesped que borda y ciñe tus cristales
con su verdor hermoso.

Ay! cuantas veces con amarga pena
el lecho llorarás que abandonaste,
donde tranquilo y ledo reposaste,
y sobre guijá y menuda arena
tu seno reclinaste!

Tus nativos encantos olvidando
bien pronto perderás las lindas flores
que luego con sus rayos quemadores
el inflamado sol irá borrando
sus mágicos colores.

Y morirá la yerba que á tu frío
raudal sus verdes tallos abandona,
y tenderá sus hojas la anemona,
y el lirio inclinará místico y sombrío
su pálida corona.

Y la altiva espadaña que orgullosa
ves en tu fresca margen y lozana,
también ha de perder su pompa vana,
que lánguida, marchita y lastimosa
la mirará mañana.

Ni con sus alas cariñoso el viento
refrescará tu fuente cristalina,
ni rizará tu seno, al cual se inclina
el álamo que mece en soplo lento
la brisa matutina.

Ni en fresco toldo de cruzadas ramas
oscura y escondida tu corriente
murmurará á lo lejos dulcemente
las verdes olas y flotantes lamas
besando mansamente.

¿Pues qué cuando enojada la tormenta

turbe la paz del sol y azote el suelo,
y tienda el uracan su negro v. lo
y la lluvia á torrentes v. olenta
se desprendan del cielo?

Quien sentado en tu margen ora viera
que entre la yerba te deslizas manso,
ya dando saltos leves, ya descansando
buscando tu corriente placentera
en callado remanso;

Oh cuanto sentirá mirarte y verte
turbio, fangoso, pálido y manchado
precipitarte rápido y airado
sin que pueda en tus iras contenerte,
tu sauce quebrantado!

Entonces, ¡ay! en su fune ta saña
llevarán tus raudales destructores
de tus riberas las pintadas flores,
y arrastrarán el árbol, la cabaña
el hato y los pastores.

Y verá el labrador con faz llorosa
los campos que afanado cultivaba,
y dilatarse tu corriente brava
por dó el pan de sus hijos y su esposa
recoger esperaba.

Ya no tendrás vergeles ni sembrados,
y pues tu fuente abandonar quisiste,
serás, arroyo, por tu suerte triste
desolacion y espanto de estos prados
cuyo regalo fuiste.

Deten, deten el paso; no ligero
huyas de esta mansion; en ella tienes
sol, brisas y verdor, y cuantos bienes
puede guardarte el hado lisongero;
¿por qué no te detienes?

Pero en vano procuro con mis cantos
tu carrera parar, ¡pobre arroyuelo!
que trazó tu destino el alto cielo,
y humilde á sus decretos, los encantos
desprecias de este suelo.

Por eso de tu fuente placentera
que en fresco a ilo sus raudales vierte,
huyes, ¡ay! pa a siempre sin volverte,
aunque sabes que al fin de tu carrera
te aguarda ya la muerte.

Tu destino, arroyuelo, es como el mio;
si, todo muere; e resistirlo es vano;
tu así vas desde el monte al verde llano,
del verde llano al caudaloso rio,
del rio al Océano.

Cuando en su seno llegares

á ver tus aguas mezcladas
con la espuma de los mares,
olvidarás mis cantares
entre sus ondas hinchadas.

Te olvidarás orgulloso
de tu humilde nacimiento,
y soberbio y espantoso
ni te acordarás del viento
que te halagó cariñoso.

De sus besos repetidos
te burlarás arrogante,
recreando tus oídos
con los sonoros silbidos
del uracan rebramante.

Débiles tallos de flores
regaste junto á tu cuna,
diste abrigo á los amores,
mas para cosas mayores
te guardaba la fortuna.

Ora gozas sustentando
los gigantes navios,
ó con mas airados brios
sus despojos quebrantando
en los ásperos bajíos.

Unas veces bonancible
la playa arenosa tocas
con movimiento apacible,
otras en las duras rocas
te estrellas raudo y terrible.

Y tu raudal delicado
que resvalaba ligero,
con el piclago mezclado
brama con el viento airado
y devora al marinero.

Ya los árboles frondosos
no te prestan grata sombra

con sus brazos poderosos,
ni los céspedes viciosos
dan á tu margen alfombra.

Pardos riscos y arenales
son el muro que te encierra,
y al crujir los vendabales
parece que de él te sales
y vas á inundar la sierra.

¿Quién que te vió fuente clara
y despues escaso rio
en cauce estrecho, pensara
que á tanto, arroyo, llegara
tu vigor y poderío?

Pero así es todo en el mundo,
la semilla se hace planta,
y del céfiro fecundo
animada se levanta,
y abandona el polvo inundo.

Luego los aires la mecen,
se viste de hojas y flores,
aquellas frondosas crecen,
y estas aroma y colores
en ricos frutos ofrecen.

Y despues el crudo hielo
todas sus galas marchita,
y la tempestad del cielo
en su enojo precipita
sus reliquias por el suelo.

Tal, arroyo, es tu destino
y ni tu pura corriente
ni tu seno cristalino
lograrán que eternamente
corras grato y peregrino.

Todo tiene que acabar:
yo miré tu cristal frio
de clara fuente brotar;
llegó el arroyo á ser rio
y el rio llegó á ser mar.

E. V.

COSTUMBRES.

UN CONTRABANDO EN SEVILLA (1).

Ya descendía el sol á el ocaso, lenta y magestuosamente por medio de grupos de pardas nubes, cuando salía por la puerta de la Macarena, montado en su tordillo y embozado en su capa un hombre que saludando cortesmente á los guardas, manifestó haber cambiado ya otras veces con ellos las palabras que entonces se dijeron. Un salú caballeros, y un espolazo arrimado á los hijares de la bestia, eran señal segura que el ginete iba incómodo y apresurado, sin querer detenerse á dar las señales de convenio para introducir aquella noche en la ciudad las cargas de contrabando que se esperaban. — «¡En peor noche no podía sucederme este trabajo! ¡La perra vía que es esta!» — decía sin dejar de andar por el camino de Brenes el ginete del tordillo y de la capa. Mucho andaba el

(1) Haciendo por esta vez una escepcion á nuestro sistema de no reproducir ninguno de los artículos publicados en otros periódicos, no podemos resistir á la tentacion de insertar el siguiente que vimos dias pasados en el Correo Nacional. La gracia y verdad de este lindo cuadro de costumbres, le hacen singular entre la multitud de malos borrones de este género con que han dado en llenar su parte baja todos los periódicos de Madrid. Estando, pues, como estamos, bien persuadidos de la importancia y dificultad que envuelve este ramo de la moderna literatura, y creyendo, como creemos, que son precisas muchas cualidades para cultivarle con acierto, felicitamos al anónimo autor de este lindo opúsculo, y nos complacemos en reproducirle en nuestro Semanario, añadiéndole por nuestra parte una linda viñeta que tiene relacion con las costumbres descritas en el artículo.

caballo; pero embebido en sus pensamientos no lo advertía, y sin cesar le aguijoneaba y oprimía para sostenerlo en el paso y que no trotase. — «¡Madre mia del Carmen! ¿Por qué habeis abandonado á la pobre Curra?» — Un suspiro se escapó de su corazon al decir esto, y una lágrima ardiente y cristalina vino á caer sobre el cigarro que fumaba. — «¡Bien decia el pae Cabrita el capuchino, que un vivir como el mio no podía tener guen paraero! pero en fin la queria tanto!... y luego dicen que el dinero, ¿qué me sirven á mí mis cien cabayos, mis tres jabeques y mi nombradía, si Curra, la prenda é mi corazon va á morir sin que yo pueda remediarlo? ¡Dios mio, Dios mio! ¿Y que haiga tenio que salir de mi casa?» —

En estas reflexiones caminaba absorto y atormentado, cuando un silbido vino á restituirle su acuerdo. — Ola ¿es la gente? — Un servior de V., seño GEROMA. — ¿Ha ocurrido alguna novea? repuso este. — No seño, sino que ya vusté, como nosotros al fin y al cabo estabamos, como usté sabe, sin saber lo que se iba á jacer, dijeron los muchachos, tu te pues dir, y cuando el seño GEROMA venga, que ayegue á tomá los chismes en la venta, pue icir lo que hay que jacer con los lobos de la puerta para colar esta noche en la zudiá. — ¡Por vía é el otro Dios Baco! (exclamó el GEROMA) que no le he dicho na á esa gente; casi casi era mejo dejarlo pa mañana; pero si D. Bruno ma dicho que tiene la tienda vacía. En fin, llegaremos á la venta, y aluego veremos lo que se ha é jacer. —

Sobre la izquierda del camino se hallaba situada la venta, sonando dentro unos gritos y algazara que parecia haberse verificado algun glorioso pronunciamiento. Todo mudó de aspecto á la llegada del señor Geroma, la algazara se tornó en silencio, el abandono en respeto, y los vasos y las aceitunas quedaron tan solitarios cual si fueran diputados elegidos por Huelva ó Pontevedra. — ¿Cuanto habeis venio? dijo el autor de variación tan repentina. — (Sesenta, respondieron casi todos á un tiempo) — y ¿quién es el capataz? — Tío QUICO FRAIJONES, respondió el que se hallaba mas inmediato. — Y... ¿que es eso, no ha venio? — Si seño, pero na, ha pegao al tiempo de carga en Brenes una cata y se ha roto un brazo, y ha dío á ver si el pae Melchor de San Gerónimo se lo arreglaba en un instante pa siquiera poer trabajar esta noche. — Y vosotros ¿qué jaceis? — Na, aquí habiamos echao un trago, y tío PAZOLO mos estaba echando unas playeras.

Un ruido sordo como el de un caballo se paró entonces en la puerta, un «¡quién va allá!» se oyó desde fuera, y en el momento se apaga la luz y todos preparan sus trabucos. — «Ya pue pasar alante quien quiera que sea, si es que ha tomao este camino para largá en él la pellica, porque en cuanto haiga quien diga «aire vá», sale mas fuego po esta puerta que por la puerta grande de los infiernos. — Caballeros, yo no vengo á ofender á naide, ma habian dicho que estaba aquí el seño GEROMA y venia á hablar con su merce dos palabras de parte del cabo de la ronda de la Macarena. — Pues entonces pue uzte abajarse y entrar, porque naitita de tiempo jace que acaba de llegar su merce. — Mientras el recién venido amarraba el caballo á una reja y se bajaba, volvió á aparecer la luz, y todo tomó el aspecto de quietud que tenia cuando el plenipotenciario del cabo habia venido á interrumpirlos. Tío FRAIJONES llegó tambien en este momento, todos le rodean para saber como se salud, tomó un cuartillo de informarlos del estado de su salud, tomó un cuartillo de manzanilla, y echándose una poca sobre el brazo roto trasegó el resto á su estómago; cuidando de inclinarse sobre el lado enfermo para que el líquido corriese hácia aquella parte, segun el padre Melchor le habia aconsejado. Concluida esta operacion, dijo que lo del brazo no era cosa, pues aunque se lo habia roto por dos partes y

necesitaba tenerlo sin movimiento lo menos dos meses, ya le habían puesto una cinta de escapulario, y no necesitaba ocuparse mas en lo que daba por concluido.—Pero ¿quién es ese jundo que se ha colao á plática con el señor GEROMA?—Na, un endeviduo de la ronda de la Macarena (replicó MULETA), porque ya sabe uzte que en tirando á esta gente con plata siempre están queriendo renovar las hostiliaes; y ahí ha venido, porque ya ve uzte el cabo es un hombre muy rigular y mu amigo de sus amigos, pero cuando á un hombre le hacen falta veinte pezo, estamos... que al fin vienen las cosas y.... pues... ná.

—Siempre me ha parecido á mí lo mismo, decia, Tio FRAIJONES quitando de la luz otro cuartillo; porque una de las cosas que á mí, como uzte sabe, siempre me han puesto en positura de ponerme bien con toos, ha sido, el que uno, ya vé uzte, está en estao de vivi en el mundo, y tan gueno es uno pa uno como pa otro, porque... la verdad... la cosas....—

En este sustancioso coloquio estaban Tio FRAIJONES y MULETAS cuando un grito dado por el señor GEROMA vino á poner á todos en expectativa; y fijando la atencion oyeron que el guarda decia al contrabandista: —tres tantos mas de los cuatro mil duros que uzte ofrece se va á ganar metiendo esta noche las 60 cargas, y esto lo pierde uzte si el cabo por 12 ó 10 mil rs. mas ó menos llega á decir que nones.—Amigo, respondió GEROMA, no pueo yo tirar como uzte piensa el suor de mi frente, porque si uzte llegará á saber lo que es esta via, no pensara como piensa de los contrabandistas: aqui onde uzte me ve, tengo muriéndose la muge que estimo mas en este mundo, y vea uzte que tengo que estar aqui como si estuviera contento y de buena gana, porque al fin, al fin ca uno tiene que atender á su oficio.—

Aqui llegaban cuando un criado del que esperaba las cargas, dió aviso de hallarse abiertos los almacenes, esperándolas el mismo D. BRUNO en persona: Todo comenzó á ponerse en movimiento, y el mismo GEROMA sacrificó gustoso la diferencia que habia en el ajuste por terminar pronto el alijo y retirarse á saber de su pobre y desventurada Curra.

La doce de la noche eran é iba á darse el silbido de marcha, cuando un peon trasudado é hijadeando viene á avisar de parte del cabo que huyeran, pues el comandante habia tenido un soplo y salia con gente para perseguirlos. Apenas oyen la nueva se forman en peloton segun costumbre, y GEROMA advirtiéndole la ida del guarda, dijo:—¿á quienes le toca entrar presos?—A MULETA, á PELAEZ, á PÍCHOCO, á VENTURITA y á FAJARDO, respondió al momento Tio FRAIJONES.—Pues bien, que se vayan derechos á la ronda llevando cargas dobles: y nosotros por la orilla del rio con silencio y precaucion marchémonos para casa.—

Divididos de este modo los unos fueron á caer en poder de los dependientes de hacienda, y los otros llegaron con felicidad á encerrar sus cargas en casa de GEROMA en el barrio de los Humeros.

No presentaba la casa esta vez el aspecto de alegría que ofreciera en otras: una multitud de mujeres llorosas estaban sentadas en el suelo con ademan entre colérico y desconsolado. Lleno el pecho de sobresalto pregunta GEROMA precipitado «¿murió ¿tia Luisa?»—No, pero es lo mismo, porque está confesando y han ido á San Vicente á buscar á Su Magestad.—¿Curra de mi alma! exclamó cayendo medio desmayado en una silla. Matarme por Dios, decia, que no podré vivir si se muere.—Una campanilla se oye en este instante, y era la del Viático que llegaba. Lleno de piedad evangélica penetró el sacerdote en el aposento de la enferma, y en tanto que allí ejercia su piadoso ministerio, mandó GEROMA que cuantos le habian acompañado tomasen bajo la capa medio fardo de ropa fina para introducirlo por la puerta. En un momento estaban cumplidas las órdenes, y mas de setenta acompañantes volvieron con el sacramento todos, cargados de contrabando. Con rostros serios y contritos pasaron por delante de la ronda que llevaba presos á sus compañeros; entraron en la parroquia, y despues de haberse despedido del sacerdote, dijo GEROMA á sus dependientes:—«Llevarle eso á D. BRUNO, y decirle que haga el favor de esperar, pues el día del entierro de mi pobre Curra concluiremos de llenarle la tienda.»



MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.